

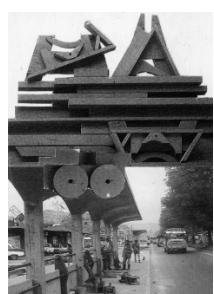
Gustavo Zalamea*

La ciudad es la utopía

SAN JORGE Y MONSERRATE. Gustavo Zalamea, fotomontaje, 1993. Estructura metálica y lámina pintada.



TRANCÓN. G. Zalamea, fotomontaje, 1993. Av. de las Américas y Av. Jiménez. Montaña de piedra. Incluye túnel central de dos carriles. Proyecto de varios alcaldes.



PARADERO LOUISE NEVELSON. G. Zalamea, fotomontaje, 1993. (Av. Caracas). Cemento y madera.

*Artista (Bogotá, 1951). Director de la Escuela de Bellas Artes de la Universidad Nacional de Colombia.

La ciudad ya no es portadora de valores sino de noticias; ya no es una construcción histórica sino un sistema de información manipulado según oportunismos momentáneos", escribe Giulio Carlo Argan. Recuperar la ciudad mediante el arte y recuperar para el arte una función significativa que pueda reconectarlo con la comunidad, debiera ser objetivo esencial de los artistas. La malformación y degradación de nuestras ciudades no ha incluido nunca la noción de ciudadano, determinando un tipo de ambiente que no puede ser interpretado o vivido, sino sufrido o consumido. Los artistas no deberían solamente impugnar este ambiente ni limitarse a proponer consumos distintos al margen de las normas imperantes, sino intentar articular proyectos que tengan alguna incidencia sobre la configuración del futuro.

Al estructurar, al definir formas, al diseñar, al ordenar, el artista tiene el poder de pensar una realidad distinta y mejor, el compromiso de buscar, con los medios que están a su alcance, procesos artísticos y comunicativos sobre los que pueda construirse el tejido de una verdadera ciudad. Porque ésta no es únicamente labor de arquitectos y urbanistas. Si la ciudad se extingue, los artistas serán los primeros en desaparecer con ella. La ciudad es su hábitat natural, su ecosistema. Los artistas que

de algún modo renuncian a la institucionalización y al aburguesamiento, los que no tienen como objetivo central el éxito económico, los que ambicionan no sólo entrar a la historia del arte sino provocar y conformar las imágenes, la conciencia y la cultura de su comunidad, aquellos que tienen la fuerza y la capacidad de imaginar y de crear, deben intentar, entre otras cosas, la Utopía.

Claro que hay que trabajar en los márgenes: es en los límites donde se producen las confrontaciones y los encuentros más enriquecedores, allí es donde las intuiciones se revelan en todas su dimensión y los proyectos se elaboran y entretejen con toda libertad.

Claro que hoy la crítica de arte tiene que ser asumida como una actividad artística, y la actividad artística puede ser vista desde muchos enfoques como un ejercicio de la crítica de arte.

Claro que en todos estos territorios de frontera, el riesgo debe asumirse en toda su amplitud y complejidad: el artista puede ser un agitador, y su ideología debe ser entonces tan feroz como para poder contrarrestar el vacío de los medios, las encuestas y la publicidad. Pero para que su trabajo tenga reales proyecciones, la ciudad tiene que convertirse en parte de su interés y de su actividad.

Concebida al mismo tiempo como el lugar físico de los encuentros e intercambios, y como una red de relaciones y de signos capaces de ser interpretados y leídos por los ciudadanos, la ciudad puede ser un enorme collage de múltiples propuestas visuales que alimenten la vida ciudadana. Lo cons-

tructivo y lo geométrico, lo monumental y lo íntimo, lo sagrado y lo falso, lo humorístico y lo crítico, lo local y lo popular –entre decenas de categorías–, pueden entrar en la historia de una ciudad posible.

Hay que transformar la Ciudad en Utopía.

Bogotá, abril de 1994



EJECUTIVO CHAMBERLAIN-FELIZA. Gustavo Zalamea, fotomontaje, 1993. Chatarra soldada sobre bus urbano.



ESCUADRA (EL RITMO DE LAS MONTAÑAS). Gustavo Zalamea, fotomontaje, 1993. Hierro y vidrio.